

# *El futuro de la libertad en la época de la ciencia*

ILDEFONSO MURILLO \*

**L**a vida del hombre actual viene determinada intensamente, en todas sus dimensiones, por la ciencia: por las matemáticas, las ciencias naturales y las ciencias humanas. Una meditación lúcida y responsable sobre el futuro de la libertad, si pretende situarse a la altura de los tiempos, no debe prescindir de esta creación histórica extraordinaria.

Llamo libertad, fundamentalmente, a la capacidad que tenemos de elegir entre varios caminos o proyectos de existencia humana. Pues, a pesar de Freud y de muchos de sus continuadores, y de ciertos psicólogos conductistas, como Skinner, no nos resignamos a renunciar a la conciencia de que somos libres en algunas de nuestras acciones, de que el presente está hasta cierto punto en nuestras manos, de que podemos proyectar el futuro.

Pero la conciencia de la libertad implica también el percatarse de sus muchos límites o condicionamientos. Y en nuestro tiempo ciertas amenazas a la libertad proceden de la ciencia.

\* Universidad Pontificia de Salamanca.

Deseo meditar brevemente sobre los límites y posibilidades de la libertad en la época de la ciencia(1). ¿Nos acercamos inexorablemente a un futuro sin libertad, a un futuro absolutamente controlado? ¿Por qué aún es posible la libertad?

*La ciencia como amenaza de un futuro en libertad.* Un texto de Julián Marías nos apercibe sobre las graves amenazas que acechan a la libertad en nuestro tiempo: “En un mundo demasiado ‘lleno’, biográficamente no queda espacio para las posibilidades. Es evidente que el mundo actual está doblemente amenazado: por el exceso de sus recursos, por la concentración agobiante de estímulos, noticias, impactos de todo género, por la densidad de la convivencia; y del otro lado por la voluntad de primitivismo y simplificación que muestra buena parte de nuestros contemporáneos. Entre una y otra presión — respaldadas por dos posiciones político-sociales que podríamos llamar con cierta inexactitud tecnocracia y totalitarismo— intenta encontrar su camino la libertad humana”(2). Lo que ahí se dice nos puede ayudar a reflexionar sobre la relación de la ciencia con el futuro de la libertad. Nos acechan el exceso y la simplificación.

Las ciencias han aumentado enormemente. El fenómeno de la especialización, columna vertebral de su desarrollo, unido a financiaciones multimillonarias de los estados y las grandes empresas, produce cada día gran cantidad de nuevos avances e investigaciones. Y el recurso a unas redes informáticas conectadas entre sí en todas las partes del mundo (internet) nos posibilita el acceso a esa información científica imponente, inabarcable, sin salir de nuestra casa o despacho.

La gran masa de información nos puede sumir en el desconcierto o desorientación. Nuestra libertad está hoy amenazada, disminuida, pues, por el exceso de imágenes, recursos y estímulos, noticias y presiones políticas, impactos de todo género. ¿Cómo asimilar y criticar la información? ¿Es posible salvaguardar la libertad ante masa tan enorme de conocimientos?

Además, nunca han sido tan poderosos los medios de manipulación de la opinión pública. Las ciencias psicológicas y sociológicas, aliadas con las técnicas de comunicación, con la radio, la televisión, internet, pueden configurar en poco tiempo un clima de opinión. Las posibilidades de manipulación son grandes.

Por otra parte, las ciencias empíricas proyectan la realidad sobre un plano más o menos superficial. La abundancia cuantitativa de la investigación científica ha realizado una simplificación de lo real. Nos encontramos con ciencias descriptivas de hechos sin lo que me gusta llamar “profundización sapiencial” en lo real existente. A ese nivel no se plantean los últimos problemas de la naturaleza y del hombre. Y esto quiere decir que, en esa perspectiva, no sería posible la auténtica libertad o, al menos, fundamentarla.

Bien lo comprendió el filósofo alemán Edmund Husserl a principios del siglo XX, en unas circunstancias dramáticas para los judíos. Recordemos que él era judío. Ciencias de hechos, nos dice, hacen hombres de hechos, vacíos de sentido, perdidos en un mundo caótico. Sus

palabras no tienen desperdicio ni siquiera en mayo de 2004, cuando escribo estas líneas: “La exclusividad en que la total concepción del mundo del hombre moderno se dejó determinar durante la segunda mitad del siglo XIX por las ciencias positivas y se dejó cegar por la ‘prosperity’ a ellas debida significó un indiferente apartarse de las preguntas que son decisivas para una auténtica humanidad. Puras ciencias de hechos hacen puros hombres de hechos... Estas ciencias excluyen precisamente las cuestiones que son más acuciantes para el hombre abandonado a los más azarosos trastornos en nuestros funestos tiempos: las cuestiones acerca del sentido o sin-sentido de toda la existencia humana”(3). Debemos abandonar, por tanto, la ciega confianza en las ciencias positivas o empíricas. De ello depende el auténtico futuro del hombre, es decir, el auténtico futuro de la libertad. Tales ciencias no nos pueden enseñar nada sobre el hombre en cuanto es libre en sus posibilidades de configurar racionalmente su ambiente y a sí mismo; menos aún pueden responder a las últimas preguntas acerca del hombre y de su libertad, preguntas que “exceden el mundo como universo de los puros hechos”, con lo que se renuncia a resolver las cuestiones más importantes para toda persona humana.

El avance científico-técnico nos convierte en piezas de un sistema. Y no faltan quienes, fanáticos de la seguridad, aceptan un futuro feliz sin libertad. Paradigmática en este sentido es la figura de Skinner. No duda sobre la posibilidad de elaborar una tecnología de la conducta humana con la que pudiéramos ajustar el crecimiento de la población mundial con la misma exactitud con que determinamos el curso de una aeronave. Si todavía carecemos de una tecnología conductual comparable en poder y precisión a la tecnología física y biológica, esto se debe a que estamos lejos de conocer las realidades humanas en el sentido en que la física y la biología conocen sus respectivas esferas(4). La literatura de la libertad y la dignidad habría surgido por un desconocimiento de las leyes que rigen la conducta humana, lo mismo que las leyes que rigen la fisiología de las plantas.

Un terror científicista, especie de totalitarismo intelectual, amenaza con destruir todo lo que no pasa por el tamiz de los métodos científicos: los métodos de las ciencias matemáticas y positivas o empíricas. La ciencia y la técnica moderna funcionan en una perspectiva objetivante, propia de un sujeto impersonal, desligado de vinculaciones concretas. Consiguientemente, por el avance del conocimiento científico-técnico se podría desembocar en una cultura universal, uniforme y sólo dependiente de lo “construido”. Faltaría la sorpresa del misterio inagotable y fecundo de lo concreto dado, sobre todo del misterio de las personas que están en el origen de las ciencias. La extensión al orbe de lo humano de la metodología científica amenaza nuestra libertad.

La especialización científica no permite la perspectiva: ver las cosas en distintos planos. Los saberes parecen desarrollarse todos en el mismo plano. Falta la jerarquía de saberes que comunica profundidad y sentido, y dota al hombre de una libertad frente a la ciencia. Esclavos del pragmatismo y de la situación en que vivimos, la cultura del fragmento no es precisamente la más propicia para dejar abierto el horizonte de la libertad. Pues sólo quien se plantea los últimos problemas puede aspirar a una libertad menos limitada. La llamada “barbarie del especialismo” coarta nuestra libertad.

Nos podemos preguntar por las relaciones entre libertad política y libertad personal. Ambas están relacionadas con el avance científico-técnico. La libertad personal puede ser cuestionada y lo ha sido por las ciencias psicológicas. Por otra parte, la libertad política puede ser coartada y coaccionada por los tecnócratas. Existe el peligro de que consideremos al hombre, desde todos los puntos de vista, como si fuese un artefacto y, por consiguiente, un ser sin libertad.

*La ciencia y la promoción de la libertad.* En este mundo científico, la libertad humana busca un camino. No pensemos, sin embargo, que todo son riesgos. La ciencia ha aportado liberación frente a muchas circunstancias.

Las últimas investigaciones en el campo del genoma han abierto una valiosa fuente de información sobre la influencia de los genes en la salud y en la enfermedad. El conocimiento del genoma de las bacterias, de las plantas y de los animales, y del hombre permitirá el desarrollo de útiles aplicaciones biotecnológicas y biomédicas: curación del cáncer y otras enfermedades, producción de seres vivos transgénicos, posibilidad de clonar animales, etc. La ciencia, sin duda, ha contribuido a multiplicar las figuras humanas posibles, las conductas y experiencias, que dilatan, individual y colectivamente, el margen real de libertad. Además, el mejor conocimiento de nuestra circunstancia que aportan las ciencias permite decisiones más lúcidas.

El fenómeno de la globalización, sobre el que hoy tanto se escribe, no habría adquirido su alcance imponente sin las posibilidades de información y comunicación abiertas por el desarrollo científico del siglo XX, cuyas raíces nos hacen remontarnos, a través de la ciencia moderna y el renacimiento medieval de la vida intelectual en Europa, hasta los griegos. El futuro de la libertad en relación con la ciencia implica, cada vez más, a todas las personas que habitan nuestra tierra. Esta ampliación del horizonte de la libertad ha sido realizada por la ciencia.

Mientras no reduzcamos el hombre a mero objeto, la llamada “tecnociencia”, con la invención de nuevas posibilidades, puede hacernos más libres. Sabemos que muchas de las posibilidades, entre las cuales hoy podemos elegir, no eran accesibles a las personas humanas en otras épocas.

El avance científico-técnico nos ha librado de muchas esclavitudes y condicionamientos. Cada vez hace el hombre trabajos más creativos o espontáneos. Los trabajos repetitivos o automáticos los hacen las máquinas.

En los países más desarrollados, los individuos poseen cada vez más posibilidades de perfeccionar su dominio de la naturaleza y su conocimiento de los individuos humanos y de la sociedad. Esto nos permite ser más consciente a la hora de tomar ciertas decisiones y más responsables.

No hay hombre sin libertad. Podemos hablar de distintos tipos de libertad: de libertad personal o interior y de libertad social o política. Uno puede ser libre políticamente y

esclavo interiormente, sin capacidad de crítica, manipulado por la propaganda comercial o política. Un buen dominio de la psicología y la sociología nos puede ayudar a no dejarnos manipular.

Un conocimiento científico cada vez más perfecto o amplio de la naturaleza y del hombre abre nuevas esferas de libertad (libertad de movimientos, posibilidades de información, liberación de enfermedades...), nos libra de la superstición, nos remite a un mundo cada vez más grande y a un hombre cada vez más grande, y, por tanto, también a un Dios siempre mayor.

¿Qué duda cabe? Una educación científica bien orientada puede contribuir a potenciar la libertad de las personas. No somos simples individuos vivos, iguales a los otros animales. Somos personas. Nuestra conciencia, que se hace lenguaje, nace de un fondo de libertad y es libertad.

Me interesa insistir en la libertad personal. La libertad política no es toda la libertad. No confundamos libertad política y libertad personal. Uno puede ser esclavo en un régimen democrático y libre en un régimen totalitario.

***La ciencia como creación de la libertad.*** La ciencia no sólo favorece la libertad, sino que es creación de la libertad. Ese “pequeño dios” que es el hombre ha hecho, hace y proyecta hacer, entre otras muchas cosas, ciencia. Y las actividades humanas no serían auténticamente humanas sin ser, de algún modo, libres. Lo que no supone que el hombre sólo sea hombre mientras actúe libremente. Hay que evitar el actualismo al concebir la realidad humana.

La ciencia forma parte de la vida humana. Por eso podemos afirmar que la actividad científica se hace hacia delante, que está orientada, proyectada hacia el futuro. No otra realidad expresa el neologismo “futurizo” que Julián Marías introdujo en su antropología.

Pensar la ciencia en relación con el hombre significa concebirla en relación con su historia y con sus repercusiones en la vida humana concreta, individual y colectiva. La ciencia, que está al servicio de la libertad, es un logro de la libertad.

La historia de la ciencia, como toda historia, es una hazaña de la libertad. Y la libertad, que es consustancial con la condición humana, desmorona todos los pronósticos. Cada hombre, dentro de márgenes más o menos estrechos, tiene experiencia de unas decisiones que podrían haber sido otras. Con todos los límites que se quiera, no podemos negar la experiencia humana de la libertad en el campo de la ciencia. No hay leyes deterministas que rijan su desarrollo.

A la luz de su historia, la ciencia se nos revela en toda su grandeza y su miseria. La ciencia moderna surgió mediante la elección de determinados modos de investigar la naturaleza y el hombre. Que sea el único modo de conocimiento verdadero ya no lo puede establecer la

ciencia, como honradamente reconoce Jacques Monod(5). ¿Por qué los caminos de la ciencia han de ser los únicos por los que debe discurrir nuestra inteligencia si quiere tocar verdad?

El método, que conduce a los contenidos de la ciencia experimental, depende de una opción en favor de un tipo de conocimiento y de una acción fundada en ese conocimiento. Las normas que lo constituyen no se pueden verificar por medios experimentales, como sucede con las hipótesis científicas, sino pragmáticamente (por la utilidad en orden a alcanzar unos objetivos deseables). No lo elegimos por razones determinantes de tipo cognoscitivo.

En la historia de la ciencia, por supuesto, encontramos muchos acontecimientos azarosos, ajenos a nuestros proyectos. El futuro de la ciencia, por tanto, depende también del azar: epidemias, accidentes, etc. No sabemos si la ciencia logrará un día dominar el azar. Lo que parece inverosímil.

Pero nuestra libertad, que consiste, no raras veces, en la aceptación o apropiación personal de la necesidad o del azar en nuestra vida, sin aportaciones creadoras por nuestra parte a lo que acontece, con frecuencia significa o puede significar mucho más. Somos capaces de proyectar y elegir formas inéditas de vida humana desde la invención y creación de nuevas posibilidades en el ámbito científico-técnico.

Afirma Ortega que el hombre no tiene naturaleza, sino historia, que somos libertad. Uno siente una especie de azoramiento ante la realidad humana, que se nos escapa entre los dedos. El sujeto de la ciencia no es el sujeto trascendental de Kant, el hombre en general, sino el sujeto humano concreto: la persona humana, es decir, el individuo inteligente y libre. La ciencia se inscribe en la vida humana como una de las actividades que la constituyen o, lo que viene a ser lo mismo, es una de las muchas ocupaciones a las que se puede dedicar el hombre en su vida. Una ocupación que ha aparecido en una etapa tardía del desarrollo humano. En nuestra vida hacemos ciencia, pero también otras muchas cosas: arte, teología, filosofía, política, trabajo social, etc. Sólo la reflexión sobre el creador de la ciencia puede desactivar los efectos catastróficos de un avance deshumanizador de la ciencia.

Esta concepción de la ciencia no es abstracta, sino concreta. El sujeto de la ciencia es el hombre de carne y hueso. La ciencia es una hazaña de la libertad. El enigma de la ciencia se inscribe dentro del enigma de la persona humana, de su libertad e inteligencia creadora.

***Los límites de la ciencia.*** Me refiero especialmente a los límites de la ciencia a la hora de mantener absolutamente abierto el horizonte de nuestra libertad. Las ciencias amplían el espacio de nuestra libertad, pero dentro de unos límites acotados, en último término, por la muerte de las personas. El conocimiento científico-técnico, por su propia naturaleza, por su objeto y método, no nos puede librar del temor a la muerte, el mayor tirano de la vida humana, la espada de Damocles que siempre pende de un débil hilo sobre nuestras cabezas.

Necesariamente, más tarde o más temprano, tenemos fecha segura e inapelable de caducidad. A mi padre, un campesino riojano curtido por los soles del verano y los fríos del invierno, le gustaba recordar una sencilla copla: “Desde el día que nacemos / a la muerte caminamos. / No hay cosa que más se olvide / ni que más cierta tengamos”. La misma convicción expresa Jorge Manrique en las *Coplas por la muerte de su padre*: “Nuestra vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir /... / No se engañe nadie, no / pensando que ha de durar lo que espera / más que duró lo que vio /porque todo ha de pasar por tal manera”. Llevamos inscrita la muerte en nuestros genes.

¿Sucede también esto con la ciencia? En la historia todo cambia, renace y vuelve a morir. La inexorable caducidad de las cosas terrenas, de todo y de todos en el devenir del tiempo, no admite excepciones, ni siquiera la de la ciencia.

A pesar de tanta ciencia, tan verdadera, tan útil y fecunda, las personas siguen muriendo. Las ciencias, en sí mismas, por tanto, no proporcionan un consuelo o remedio frente a la muerte. Un futuro sólo de ciencia es un futuro sin esperanza.

Las ciencias, con todas sus aplicaciones y creaciones técnicas, se estrellan contra el muro de la caducidad de todo lo real que está a su alcance. Un futuro de libertad proyectado sólo desde la ciencia es frágil y caduco.

Sus avances permiten curar enfermedades y alargar nuestra vida, calmar dolores, crear o potenciar placeres y comodidades, ampliar el poder de nuestra vista, de nuestro oído, de nuestro tacto, de nuestras manos. Las ciencias, en sí mismas, sin embargo, aunque reconozco sus grandes aportaciones a la existencia humana, por las dimensiones de lo real que investigan y el modo en que lo hacen, no pueden responder a las últimas preguntas.

Ahí veo el límite más radical de las ciencias a la hora de preparar el futuro de la libertad. O aceptamos la finitud sin horizonte abierto, sin remedio, de la existencia personal o buscamos una sabiduría que nos proporcione esperanza. Si queremos vivir con sentido la vida, necesitamos una sabiduría que abarque el horizonte de la muerte.

Cuando sus respuestas son transformadas en últimas, se nos propone una sabiduría o filosofía superficial y desesperanzada. Nuestra existencia pierde profundidad. El ateísmo o materialismo cientificista tiene este origen. Desde la ciencia seguimos siendo esclavos de la muerte. Un futuro sólo de ciencia es un futuro sin esperanza ante el hecho de la muerte.

Algunos, cada vez más personas, huyendo de estas cuestiones, se refugian en la solución de los problemas penúltimos y se manifiestan agnósticos respecto a lo último. Pero en ciertas situaciones, cuando parece que se nos cierran todas las salidas, no deja de asaltarnos la nostalgia de lo último o la angustia de la incertidumbre. Sin duda algo de esto llevó a Epicuro y a Nietzsche a asegurarse de que la muerte carecía de realidad.

Quien se plantea los últimos problemas, en cambio, dentro de una perspectiva no cientificista o inmanentista puede aspirar a una libertad menos limitada. La barbarie del especialismo coarta nuestra libertad. Por eso el futuro de la libertad en la época de la ciencia

necesita, con urgencia, una filosofía sapiencial, que está presente, de un modo o de otro, en casi todos los grandes filósofos de Occidente: Heráclito, Sócrates, Platón, Aristóteles, Plotino, Agustín de Hipona, Pedro Abelardo, Tomás de Aquino, Descartes, Kant, Hegel, Husserl, Wittgenstein, Ortega y Gasset, Zubiri, etc.

Conozco una persona que bajo la impresión de una soledad y un desamparo absolutos dentro de una UVI, al borde de la muerte, sintió la infinita ternura de Alguien que perdona y acoge. ¿Refugio desesperado en el irracionalismo? ¿Vuelta inconsciente a la infancia?

Sólo puedo asegurar que en aquel momento se sintió libre frente a los prejuicios materialistas de la racionalidad científico-técnica, frente al pluralismo desconcertante de las teorías filosóficas y teológicas. Una especie de presentimiento trascendente le llenaba de paz y libertad íntima, hasta el punto de librarle de la angustia ante la muerte.

Ahora, de vez en cuando, no dejan de asaltarle las dudas que suscita la investigación biológica del hombre. Nuestra cultura, obsesionada por lo inmediato, centrada en fragmentos de realidad carentes de sentido armónico, le plantean graves interrogantes. Con todo, el recuerdo de aquel momento de luz, seguridad y paz le libra de caer en el abismo de una desesperación sin remedio que vacía de sentido a su libertad, al futuro de la libertad. Los límites de la verdad científica coartan el horizonte intelectual de la vida humana. Nos acecha el riesgo de la verdad concebida sólo como fragmento y el riesgo del pragmatismo o la subordinación de la verdad a la praxis.

No gozamos de una libertad absoluta. Nuestra libertad es condicionada. La circunstancia nos coarta y nos potencia. Somos cuerpo y cultura, lo cual implica límites espacio-temporales, límites físicos, biológicos, psíquicos y sociales.

Sin embargo, las ciencias naturales y las ciencias humanas, rectamente entendidas, no se oponen a un futuro de libertad sin límites, con tal de que las integremos en una sabiduría del hombre y de todo lo real que mantenga abierto el horizonte del sentido trascendente.

***Conclusión. ¿Tiene futuro la libertad en la época de la ciencia?*** Desde nuestra situación histórica, condicionada por la ciencia, nos hemos preguntado por el futuro de la libertad, conscientes de que la peculiaridad de eso que llamamos libertad no nos permite definir su futuro, sólo manifestar deseos y proponer proyectos. Admitir que la libertad tiene futuro significa reconocer que no podemos predecir lo que va a ocurrir. Por mi parte, como el mejor camino para asegurar su futuro, deseo una ciencia integrada en una visión amplia de la racionalidad y de la cultura, de modo que la investigación especializada de la verdad en las distintas regiones de la naturaleza y de la cultura no ciegue o cierre el horizonte del sentido.

Si no puede negarse que la invención de posibilidades en la ciencia amplía el campo de nuestra libertad, no es menos cierto que a veces el avance del saber científico-técnico cierra otras posibilidades. Para que no suceda esto basta que integremos la ciencia dentro de lo



que suelo llamar una filosofía sapiencial, que pone las ciencias y las tecnologías al servicio del hombre concebido como persona abierta a los otros hombres y a Dios, lejos de cualquier cientificismo.

Pues hay que resaltar la ambigüedad del progreso científico-técnico. Los desarrollos de las ciencias naturales y de las ciencias humanas pueden constituir tanto un obstáculo como un apoyo de la libertad para las generaciones actuales y futuras. El conocimiento científico-técnico puede ser puesto al servicio de un futuro digno del hombre o de un futuro inhumano. A través de la técnica la ciencia puede tener graves repercusiones ecológicas que limiten las posibilidades futuras. Los desarrollos actuales de las ciencias están poniendo en peligro el bienestar de las generaciones futuras e, incluso, su misma existencia. Con razón Hans Jonas y otros pensadores alertan sobre la responsabilidad de las generaciones actuales respecto de las venideras. Ciertamente, en sentido estricto no somos responsables más que del presente. Pero, en cuanto la vida humana se proyecta hacia el futuro, no nos podemos librar de una cierta responsabilidad respecto del futuro.

El optimismo humanista del siglo XIX por el progreso de las ciencias positivas y sus aplicaciones ha sido desmentido dramáticamente. Las ciencias, aviesamente utilizadas, pueden poner en peligro el futuro de la libertad. Los avances científico-técnicos nos colocan ante decisiones cada vez más graves. Las recientes investigaciones en biología, por ejemplo, han puesto en marcha una verdadera revolución en la medicina, la agricultura y el medio ambiente. ¿Tenemos derecho a hacer todo lo que técnicamente es factible?

Considero una tarea urgente tomar conciencia de que la ciencia ha nacido de la libertad y puede contribuir a la libertad, no a la esclavitud. Si se la respeta en su propia limitación metodológica, no puede oponerse a la libertad. No habría que renunciar ni a la libertad ni a la ciencia. Sabemos que la ciencia es una creación de la libertad. En nuestras manos está, por consiguiente, el salvaguardar el futuro de la libertad en la época de la ciencia.

## Notas

(1) Algunas de las ideas que aquí expongo las he desarrollado con más amplitud en los siguientes trabajos: “Crisis de la Fe en la Ciencia y futuro de la Filosofía”, en *Diálogo Filosófico*, 1 (1985) 45-59; “El enigma de la naturaleza humana”, en *Diálogo Filosófico*, 5 (1989) 380-391; “El desafío axiológico de la ciencia actual”, en *Revista agustiniana*, 36 (1995) 417-443; “Filosofía de la técnica en el siglo XX”, en *Diálogo Filosófico*, 14 (1998) 4-26; *Razón científica y fe cristiana*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 2000; “Los límites metodológicos de la ciencia y la necesidad de sentido”, en *Cátedra Nova*, n° 14 (2001) 207-214; “Ciencia y ética”, en I. Murillo (Coord.), *Filosofía práctica y persona humana*, Publicaciones UPSA / Ediciones Diálogo Filosófico, Salamanca / Colmenar Viejo (Madrid), 2004, pp. 59-73.

(2) *Antropología metafísica*, Ediciones de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1973, p. 239.

(3) *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, Felix Meiner, Hamburgo, 1977, pp. 4-5. Esta obra, que se remonta, en su parte publicada por Husserl, a 1936, ha sido traducida al español con el título *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* en la Editorial Crítica (Barcelona, 1991).

(4) *Más allá de la libertad y la dignidad*, Fontanella, Barcelona, 1972, pp. 12-13.

(5) El azar y la necesidad, Barral Editores, Barcelona, 5ª ed. 1972, pp. 183-190.